



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Maquiavelo y la guerra

Federico Aznar Fernández-Montesinos

Academia de las Ciencias y las Artes Militares

Sección de Pensamiento y Moral Militar

16 de enero de 2023

El 3 de mayo de 1469 nació en Florencia Nicolás de Maquiavelo que es considerado, con toda razón, el padre de la Ciencia Política moderna. Sirvió en la administración florentina desde la que contempló un periodo convulso de la vida de su ciudad, desde la llegada de Savonarola, la República hasta el retorno de los Médicis y su destierro. Sus libros hechos desde las reflexiones inspiradas en tan turbulento periodo han quedado para la Historia.

Así, la guerra es recurrente en su pensamiento toda vez que esta es la actividad política más relevante que pueda emprender un Estado. De hecho, este llega a firmar en su gran clásico, *El Príncipe* (1513): «Un príncipe no debe tener otro objeto, otro pensamiento, ni cultivar otro arte más que la guerra, el orden y disciplina de los ejércitos, porque es el único que se espera ver ejercido por el que manda». El capítulo XIV de la obra se titula precisamente «De las obligaciones del príncipe en lo concerniente al arte de la guerra».

En *El arte de la guerra* (1521), un libro más tardío, insiste en tales planteamientos. Es el único de sus trabajos que conoció publicado en vida. Y, aunque hoy no lo es tanto, tuvo un gran éxito; durante el siglo XVI ya que se hicieron 21 ediciones y, además de al español, se tradujo al francés, alemán, inglés y latín. Y aún se citaba en el siglo XVII cuando la guerra ya había cambiado sensiblemente.



Nicolás de Maquiavelo

Fiel a esta idea, aborda particularmente su problemática en otros señeros trabajos como los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (tres volúmenes 1512-1517), donde dedica capítulos exclusivamente a esta cuestión. Esta igualmente tiene reflejo en su *Historia de Florencia* (1520-1525) así como en dos textos menores y oficiales: *La causa de la Ordenanza militar* y la *Provisión de la Ordenanza* (1505) en los que deja entrever su pensamiento. Es más, en estos últimos y pese a su carácter administrativo ya hablaba de justicia y armas como factores de fuerza del Estado, un tema que viene a ser el hilo central de su *Príncipe*. Justicia y Ejércitos, suena muy actual.

Clausewitz, el mayor intérprete de Napoleón y apóstol de la naturaleza política de la guerra, habitualmente muy crítico con otros tratadistas, en el caso de Maquiavelo reconoció expresamente que «tenía buen sentido para analizar los temas militares». Y es que el pensamiento de Maquiavelo supera con creces las dimensiones en que quedaba encuadrada la guerra durante el Medievo al instalarla en lo político. Por entonces el carácter religioso la reducía a un acto de justicia mientras su dimensión social restringía su ejecución a la nobleza. Maquiavelo dotó a la guerra de un nuevo marco interpretativo al considerarla una herramienta de la política, algo que superaba cualquier norma, código o ética.

Aún es más, la guerra se considera una actividad del espíritu, en la que lo realmente decisivo es la voluntad, algo muy en relación con su idea de *virtu*, una voluntad expansiva y acaparadora. Se está derrotado cuando se acepta tal cosa y nunca antes. Vencer es convencer al contrario sobre la inutilidad de la lucha; pretende que la parte contraria abandone cualquier expectativa y, consecuentemente, acceda a una negociación que le permita satisfacer sus objetivos más relevantes. Nada más de actualidad estas palabras.

Refiriéndose a esto, Maquiavelo llama en múltiples ocasiones a no comprometer a las tropas en una acción «sino cuando tengan esperanza de vencer». La guerra, y nos lo recuerda Maquiavelo con frecuencia, se gana antes de emprenderla; las

operaciones militares deben ser, sí el trabajo de preparación y planeamiento es el adecuado, poco más que puro trámite. Los datos que se echan cuando se recurre a ella deben encontrarse ya cargados.

Tal cosa, además, debe hacerse por causas tasadas:

Quando le sea indispensable derramar la sangre de alguno, no deberá hacerlo nunca sin que para ello haya una conducente justificación y un patente delito. Pero debe entonces, ante todas cosas, no apoderarse de los bienes de la víctima; porque los hombres olvidan más pronto la muerte de un padre que la pérdida de su patrimonio.

Y esta es norma general para el florentino, una ley de oro. Lo suyo es la *praxis*, la realidad. Así, con igual lógica nos dice:

[...] es menester, pues, que el que toma un Estado haga atención, en los actos de rigor que le es preciso hacer, a ejercerlos todos de una sola vez e inmediatamente, a fin de no estar obligado a volver a ellos todos los días, y poder, no renovándolos, tranquilizar a sus gobernados, a los que ganará después fácilmente haciéndoles bien. El que obra de otro modo por timidez, o siguiendo malos consejos, está precisado siempre a tener la cuchilla en la mano; y no puede contar nunca con sus gobernados, porque ellos mismos, con el motivo de que está obligado a continuar y renovar incesantemente semejantes actos de crueldad, no pueden estar seguros con él. Por la misma razón que los actos de severidad deben hacerse todos juntos, y que dejando menos tiempo para reflexionar en ellos ofenden menos; los beneficios deben hacerse poco a poco, a fin de que se tenga lugar para saborearlos mejor.

Maquiavelo, con todo ello, nos muestra las contradicciones que se dan a nivel político, en la medida en que la política se eleva sobre aquellas y las somete. La lógica política es una lógica específica, paradójica y de transformación que pone en evidencia la mutación del marco ético-operativo que se produce al pasar de lo particular-individual a lo general-grupal. Así,

César Borgia pasaba por cruel, y su crueldad, sin embargo, había reparado los males de la Romaña, extinguido sus divisiones, restableciendo en ella la paz, y la hizo fiel. Si profundizamos bien su conducta, veremos que él fue mucho más clemente que lo fue el pueblo florentino, cuando para evitar la reputación de crueldad dejó destruir Pistoia.

Y es que se despreocupaba de la relación entre justicia y política, sometiendo la primera a la segunda y poniendo ésta al servicio del interés general. De hecho, astutamente, permite atisbar ya en *El príncipe* una idea que recoge explícitamente en su *Historia de Florencia*: «solamente son justas las guerras que son necesarias; y son piadosas las armas cuando no hay esperanza fuera de ellas». Esta frase

aparece también en el capítulo XXVI de *El Príncipe* y es una cita literal de Tito Livio referida a la guerra *samnita* y que es nada menos que la primera justificación moral de la guerra que se ha hecho en la historia de Occidente. Su valor es por ello, altísimo.

Maquiavelo habla de «un arte del Estado» y sienta las raíces del concepto, pero su concreción práctica se alcanza en la Francia de Richelieu, quien, paradójicamente, es el padre espiritual de Bismarck. De este crisol emerge así la geoestratégica de la *razón de Estado* como la *última razón del rey*; el nombre se lo daría Giovanni Botero. La máxima expresión de la razón de Estado será la guerra. La política dejaba de significar ante todo el arte de gobernar una comunidad humana conforme a justicia y razón y se transformaba en el modo de preservar el Estado, tanto en su carácter de dominio sobre los súbditos como en las relaciones de éste con otros Estados.

Estamos, en palabras de Foucault, en una racionalidad específica y secularizada en el arte de gobernar que no tiene que respetar el orden general del mundo, ni tampoco el orden religioso, por más que aspire a servirlo; encarna una «ética finalista y teleológica» que debe aplicarse de acuerdo con la fuerza de un Estado que busca su expansión y perpetuación. Por ello el dilema que encarna gira en torno a la moralización del poder.

Los modelos de héroes que oferta Maquiavelo los toma del mundo clásico: Alejandro Magno, Aníbal, Escipión el Africano... Son gente exitosa más que virtuosa, más conocidos por su valentía que por su honradez, como no podía ser de otra manera pues:

Quando un príncipe tiene que obrar conforme a la índole de los brutos, los que ha de imitar, según el caso, son el león y la zorra. El ejemplo del león no basta porque no se preserva de los lazos y la zorra sola no es suficiente, porque no puede librarse de los lobos. Es necesario ser zorra para conocer los lazos, y león para espantar a los lobos; pero los que toman por modelo al último animal no entienden sus intereses.

El líder aúna así la doble naturaleza del centauro Quirón, bruto y hombre simultáneamente

El príncipe debe ser capaz de «no alejarse del bien, pudiendo hacerlo, sino saber entrar en el mal, solo si es necesario». Por ello no es gente siempre violenta, sino sólo cuando conviene. La propuesta de Maquiavelo por la violencia es así una opción racional y de elección y se suma a un tipo de liderazgo sumamente proactivo; se encuentra íntimamente ligado a la acción pues, aunque la fortuna sea

impredicable, la *virtu* del príncipe puede domeñarla; así «es mejor ser impetuoso que circunspecto». Maquiavelo cultiva la osadía.

La clave de su modelo de liderazgo se encuentra en una suerte de trinidad formada por la Fortuna, la oportunidad -el *savoir faire*- y la voluntad, la célebre *virtu*. En este sentido escribiría «no debemos dejar nacer un desorden para evitar una guerra, porque acabamos no evitándola; la diferimos únicamente: y no es nunca más que con sumo perjuicio nuestro», aunando así percepción, oportunidad y proactividad, una nueva Trinidad. Napoleón la consideraba literalmente una regla básica de su conducta. Los prolegómenos de la II GM nos ofrecen ejemplos de no haber seguido esa regla:

Esta Trinidad se contraponen a la otra trinidad de Clausewitz: el peligro, el azar y la incertidumbre; y a la que, en coincidencia con el germano, forman líderes políticos (el príncipe), el pueblo y las Fuerzas Armadas. Tenemos pues también en Maquiavelo las trinidades que más adelante identificaría Clausewitz en sus escritos.

Como se señala en *El Arte de la Guerra*, el general no tiene que librar todas las batallas que se le planteen – un error muy común - sino aquellas necesarias para sus objetivos. Es preciso esquivar más que golpear, esto último es, pese a su vistosidad, secundario. Le es más interesante evitar que ser bombardeado, y preservar sus fuerzas, que bombardear al enemigo.

La definición de un buen liderazgo tiene dos acepciones una técnica y finalista y otra ética o de buena praxis. No obstante, a los líderes se les conoce por lo que hacen y no tanto por como lo hacen. Es decir, no se les exige tanto una perfección moral -lo que reduciría el espectro de líderes disponibles- como resultados prácticos.

Los ejemplos de los que nos dota Maquiavelo son claros: Alejandro y Cesar Borgia o, para algunos, Fernando II de Aragón, que tal vez fuera ese

[...] príncipe de nuestro tiempo, cuyo nombre no conviene mencionar, [que] predica continuamente la paz y lealtad, siendo en realidad enemigo de ambas; de hecho, si hubiese observado tanto la una como la otra, habría perdido repetidas veces el prestigio y el Estado.

La lógica política está secularizada y no se somete a nada salvo a la razón.

Es más, su propuesta política a veces parece que se asienta sobre el engaño por lo que se le tilda de inmoral, amoral o antimoral. Pero Maquiavelo lo que hace realmente es definir una metodología y no entra en los concretos fines a los que esta sirve, salvo para pronunciarse por la unidad de Italia.

Así en *El Príncipe* sostiene:

[...] un príncipe debe tener muchísimo cuidado de que no le brote nunca de los labios algo que no esté empapado de las cinco virtudes citadas, y de que, al verlo y oírlo, parezca la clemencia, la fe, la rectitud y la religión mismas, sobre todo esta última.

Su ética es una ética finalista. Napoleón, en sus comentarios al *Príncipe*, ironiza sobre la preocupación ética que, con todo, se destila de algunos de sus juicios, censurándolo y tildándolo de infantil. Pero la apuesta del florentino es clara.

Y en las acciones [de los príncipes]... se atiende a los resultados. Trate, pues, un príncipe de vencer y conservar el Estado, que los medios siempre serán honorables y loados por todos; porque el vulgo se deja engañar por las apariencias y por el éxito; y en el mundo sólo hay vulgo, ya que las minorías no cuentan sino cuando las mayorías no tienen donde apoyarse.

El Príncipe a veces debía obrar para su preservación, en tanto que bien superior, «contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad y contra la religión», aunque sin reconocerlo nunca. Su proceder estaba dotado no pocas veces de una «piadosa crueldad».

La guerra es algo que solo puede ser justificada como un acto de Estado (razón de Estado) y de la política. Rechaza el ejercicio privado de la violencia, esto es a los mercenarios, a los *Condottieros*, pues considera que «en la paz es despojado por ellos y en la guerra por los enemigos» acusándoles de la ruina de la Italia en su época.

Estos, si son buenos en su oficio «no puedes fiarte de ellos porque siempre aspiran a su propia grandeza, sea oprimiéndote a ti que eres dueño suyo, sea oprimiendo a otros contra tus intenciones; pero si el capitán no es valeroso comúnmente causa tu ruina» y concluye «la república ha de mandar a sus ciudadanos». Tal y como dice en *El arte de la guerra* «[...] las armas en manos de sus ciudadanos no podían convertirlos en tiranos, sino las malas instituciones del gobierno que subyugan a la ciudad; y si tenían un buen gobierno, no tenían que temer sus armas».

No obstante, la propuesta de Maquiavelo se vio destrozada precisamente por las armas españolas en la toma de la localidad toscana de Prato (1512). Este fue un ejemplo de la llamada por algunos foráneos *furia española*, con esa calificación pretende desvirtuar lo que realmente es *coraje, valor, lealtad y disciplina*, que dejó en torno a 4.000 muertos siendo el preludio de lo que había de suceder con las más relevantes ciudades italianas durante el siglo XVI. Tal cosa, además, ya se había visto antes en las batallas de Morat y Nancy (1476), batallas que hacían prever el destacado papel al que estaba llamada la Infantería.

Como puede verse, la aportación de Maquiavelo a la problemática de la guerra es precursora y de primer nivel, adelantándose a Clausewitz y describiendo algunos de los paradigmas más relevantes de las Ciencias Militares. También se adelantó al propio Weber solicitando para el Estado -del que es, junto con Bodino, ideólogo– «el monopolio del ejercicio de la violencia legítima». La lectura meditada de su trabajo es aún hoy obligada.

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2023